

Inglaterra, mezclaban los horrores de una guerra de salvajes á las sábias operaciones de una guerra europea.

En medio de una de aquellas derrotas, Washington escribió al Presidente del Congreso: «Nuestra situación es verdaderamente desesperada; la derrota del 27 ha desanimado mucho á nuestras tropas, inspirándoles tanto temor como inquietud. La milicia, en vez de sacar fuerzas de flaqueza para oponer una vigorosa resistencia, á fin de reparar nuestras pérdidas, se muestra intratable é impaciente por volver á sus casas, y muchos se han marchado ya, habiendo llegado el caso de irse á un tiempo compañías enteras, y hasta regimientos. Esta sola circunstancia, independientemente de otras, es ya de por sí bastante enojosa cuando hay que luchar con un enemigo formidable que cuenta con fuerzas superiores; pero cuando este ejemplo es causa de que se desmoralice el resto de las tropas que carecen de la necesaria subordinación y disciplina, sin las cuales no puede sacarse el menor partido de un ejército, nuestra situación se hace mucho más alarmante y con el más profundo sentimiento debo confesar que no tengo confianza en la mayoría de mis tropas.»

Suponiendo Howe que la derrota de Long-Island había quebrantado á los americanos, envió á Filadelfia al general Sullivan, para ofrecer al Congreso la renovación de un tratado de paz, encargándole al propio tiempo manifestase que deseaba conferenciar privadamente y como caballero con algunos miembros de la Cámara, toda vez que no le era posible reconocer su posición oficial. El Congreso resolvió enviar un Comité para que se avistara con Howe, y en su consecuencia Franklin, Juan Adams y Eduardo Rutledge marcharon como diputados á la isla de Staten, para oír á Lord Howe. La conferencia se celebró el 11 de setiembre, pero su resultado fué nulo.

No habiéndose conseguido nada con las negociaciones, hacíase preciso prepararse de nuevo á las hostilidades; pero el estado de los negocios era tan crítico, que acaso ninguno, excepto Washington, se hubiera atrevido á seguir adelante con la empresa en vista de las numerosas dificultades y obstáculos que por todas partes la rodeaban. El carácter de la lucha era tal, que apenas podía sostenerse ésta sin llevar á cabo alguno de esos brillantes hechos de armas que son necesarios para reanimar el espíritu público, excitando el entusiasmo del

país; y con sus desorganizadas fuerzas no podía esperar Washington vencer al enemigo en una batalla decisiva. Lo único á que podía aspirar era á entorpecer la marcha de los ingleses, cortando las comunicaciones y haciendo lo posible para que no adelantasen, lo cual parecía más prudente que buscar inevitables derrotas ó victorias imposibles. Hasta que ocurrió la derrota de Long-Island, lisonjeábanse los americanos de que el éxito favorecería constantemente sus armas, y aquel exceso de confianza hizo que fuese más amargo su desengaño. Al principio creyeron que el valor sin la disciplina lo haría todo, mas luego se convencieron de que se necesitaban ambas cosas, y esto desanimó á la milicia, induciéndola á volver á sus casas, abandonando sus banderas por compañías y hasta por regimientos.

El general Howe no creyó conveniente bombardear á Nueva-York, por encontrarse allí muchos de sus partidarios, y envió varios buques por los rios del Norte y Oriente, dando orden para que, protegidos por el fuego de los cañones, desembarcasen sus tropas el día 15 en Kip's Bay, á unas tres millas de distancia de la ciudad. Los americanos habían hecho en aquel punto algunas obras para resistir al enemigo hasta que llegasen nuevos socorros; mas apenas saltaron en tierra los ingleses, sintiéronse sobrecogidas de pánico las tropas allí apostadas y huyeron apresuradamente, comunicando su terror á las dos brigadas de Connecticut, que á las órdenes de Parson y Felow acababan de llegar hacia poco, por haberse recibido la noticia del proyectado desembarque.

Precisamente en aquel crítico momento llegaba Washington rápidamente, y al ver el vergonzoso desorden y confusión de su gente, trató de reunir á la aterrada milicia, pero todo fué en vano, pues sus esfuerzos no bastaron para evitar la ignominiosa fuga de su tropa. En un arranque de indignación y de cólera, Washington arrojó su sombrero al suelo exclamando: «¡Estos son los hombres que me dan para que defiendan las libertades de América!» Así diciendo apuntó sus pistolas á varios de los fugitivos, y sacando luego su espada para contener á los que pasaban á su lado, acercóse tanto al enemigo que fácilmente se le hubiera podido coger prisionero, pero uno de sus ayudantes de campo se apoderó entonces de las riendas del caballo del jefe y le hizo abandonar aquel sitio peligroso. Actos como aquel eran suficientes para dar á conocer hasta qué punto se excitaba la vehe-

mencia de Washington en los momentos más críticos.

Diéronse entónces inmediatamente órdenes para evacuar la ciudad de Nueva-York de una vez, y como la retirada se hizo apresuradamente, esto ocasionó algunas pérdidas, porque hubo que abandonar al enemigo toda la artillería pesada y una considerable cantidad de municiones y otros efectos de guerra. Á no haber sido porque los ingleses tuvieron que detenerse en Murray-Hill hasta que llegasen nuevos refuerzos, es casi seguro que todas las tropas americanas á las órdenes de Putnam habrían sido completamente derrotadas por el enemigo. Bien puede decirse que esta circunstancia, segun manifestó tambien el coronel Grayson, fué la que salvó al ejército americano.

Las tropas reales entraron inmediatamente en la ciudad, donde fueron recibidas por los Tories con el mayor entusiasmo. El resentimiento entre los dos partidos contrarios que luchaban en Nueva-York, había llegado ya á su colmo, y prueba de ello fué el suceso ocurrido algunas noches despues. El 21 de setiembre, estalló en la ciudad á las altas horas de la noche un terrible incendio que á causa de la fuerza del viento, se propagó en breves instantes con alarmante rapidez. Más de mil edificios, incluso la iglesia de Trinidad, fueron pasto de las llamas, y á no ser por los esfuerzos de los soldados y marineros, es muy probable que toda la ciudad habría sido destruida. Al comentar este suceso, díjose que los hijos de la libertad eran los incendiarios, y que habían hecho aquello con el fin de obligar al ejército á que se retirase. Los soldados ingleses arrojaron á las llamas á varias personas que se sospechó eran culpables.

Pocos días despues Washington tuvo la satisfacción de ver conducirse valerosamente á las mismas tropas que de una manera tan vergonzosa habían abandonado el campamento de Kip's Bay, pues en una escaramuza ocurrida el día 16, despues de haberse posesionado los ingleses de Nueva-York, un destacamento, al mando del coronel Knowlton, apoyado por las tropas del mayor Leitch, encontró al enemigo y lo rechazó con sin igual denuedo, costando no poco trabajo obligar á los americanos á que suspendieran la lucha. Esta victoria costó, sin embargo, muy cara, pues tanto el mayor Leitch como el coronel Knowlton quedaron mortalmente heridos. Al hablar de este último, dijo Washington: «que era un hombre que hubiera

honrado á cualquier país.» Este encuentro influyó favorablemente en el ejército americano.

Como Washington se hallaba perfectamente atrincherado en las alturas de Harlem, el general Howe no creyó prudente atacarle y permaneció quieto en las llanuras por espacio de tres semanas. Sin embargo, en el campamento americano comenzaron á reinar bien pronto las enfermedades, y como se carecía de un hospital á propósito, los soldados se veían en la precisión de acomodarse lo mejor posible en los pajares, en los establos y hasta en las orillas del camino. Tanto por esto como por otras circunstancias, hicieron al poco tiempo muy frecuentes las deserciones, notándose una escandalosa tendencia á desobedecer las órdenes de los jefes y á cometer varios excesos. No es extraño, pues, que el comandante en jefe se mostrase sumamente inquieto por el porvenir, con tanta más razón cuanto que el ejército, alistado por un año, se hallaba en vísperas de cumplir el tiempo de servicio, lo cual hizo reflexionar de nuevo á Washington sobre aquel fatal sistema de enganches, gracias al cual las veteranas tropas del enemigo sólo tenían que luchar con una milicia bisoña.

Robando algunos momentos á las horas que dedicaba al sueño, Washington escribió en la noche del 24 de setiembre una enérgica y admirable carta al presidente del Congreso demostrando de una manera concluyente la insuficiencia, la confusión y los contratiempos que acarrearía la mal entendida organización del ejército. Despues de indicar el único remedio que podía aplicarse, el jefe terminaba su carta con estas palabras: «No hay en el mundo situación más miserable que la de un hombre que como yo se haya encargado de un ejército compuesto de tropas indisciplinadas y que carecen de todo lo necesario. Las dificultades de que me he visto rodeado desde que me hallo en el servicio; los disgustos que continuamente he recibido por ver frustradas todas mis esperanzas y deseos; el deplorable estado de los asuntos, que me hacen siempre temer que el Congreso censure mi conducta, y por último, la imposibilidad de dirigir un ejército compuesto de elementos tan heterogéneos, es más de lo que se necesita para persuadirse íntimamente de que á menos de que se cambie nuestro sistema militar, no me será dable llevar á cabo las operaciones á satisfacción del público, que es la única recompensa que he deseado desde un principio.»

Las indicaciones de Washington produjeron al fin el resultado que éste deseaba, porque despues de leida su carta, se acordó reorganizar el ejército de una manera permanente. En su consecuencia, decretóse la formacion de ochenta y ocho batallones, que facilitarían los diversos Estados segun sus alcances, y se aumentó la paga de los oficiales. Los individuos que se engancharan por todo el tiempo de la guerra, debían recibir un premio de veinte duros y cien acres de tierra, incluso el uniforme completo mientras estuviesen en el servicio; y á los que sólo se alistaran por tres años se les daría lo mismo, ménos la tierra. La paga de los oficiales aumentaría en proporcion al grado de cada cual. Los Estados debían enviar sus comisionados al ejército para que acordasen con el comandante en jefe el nombramiento de los oficiales, mas como esto podría ocasionar algun retraso, autorizóse á Washington para que llenara las vacantes.

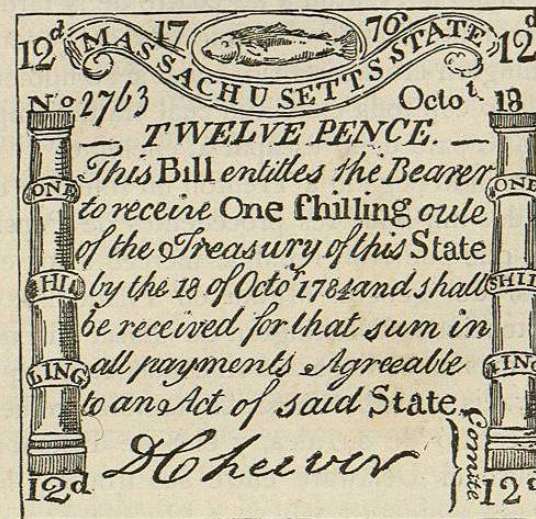
A pesar de hallarse ocupado en la ardua tarea de reorganizar el ejército, el jefe americano no perdía de vista al poderoso enemigo que se hallaba cerca de su campamento, é inquietándole mucho la inaccion de Howe, cuyas tropas no carecian absolutamente de nada, Washington se mostraba ansioso por averiguar qué movimiento emprendería el jefe inglés.

Éste, despues de algunos dias, varió de plan de campaña, logrando interceptar las comunicaciones de Washington, de suerte que puso al jefe americano en la necesidad de retirarse ante el enemigo, operacion ya de suyo muy trabajosa, pero que ofrecía además grandes inconvenientes por la dificultad en los medios de transporte. Por esta razon Washington se trasladó primeramente á White Plains (Llanuras blancas), guardando una línea paralela con el ejército inglés, del que le separaba el rio Bronx. El dia 26 de octubre los americanos acamparon en la parte oriental de dicho rio, que de este modo protegia su flanco derecho, y acto continuo Washington apostó un cuerpo de seiscientos hombres en la colina Chatterton á las órdenes del general M'Dougall. Practicado este movimiento, siguiéronse frecuentes escaramuzas, y si bien es cierto que los ingleses obtuvieron al fin la ventaja, no lo es ménos que aquellas fueron provechosas para los americanos en cierto modo, porque se acostumbraron á presentarse ante el enemigo sin temor. El dia 28 vióse avanzar al ejército inglés, desplegándose en orden de batalla por los costados

de las colinas que se hallaban frente á las líneas de Washington, á dos millas de su campamento, y habiendo observado entonces Howe que una parte de las fuerzas enemigas ocupaban á Chatterton's Hill, dió orden para que se les desalojara de aquella posicion, lo cual pudo conseguirse despues de un breve pero reñido combate, en el que fueron poco más ó ménos iguales las pérdidas por ambas partes. Entre tanto el comandante en jefe se situó en las cercanas alturas de North-Castl, donde Howe no juzgó prudente atacarle, áun cuando recibió refuerzos á los dos ó tres dias.

El general inglés cambió entonces de nuevo su plan, y al ver que Washington, obrando con la mayor prudencia, no parecia dispuesto á empeñar la batalla, trasladó su ejército hácia el Hudson y Kingsbridge, visto lo cual por el comandante en jefe y conociendo que el plan del enemigo era asaltar el fuerte Washington, atravesando luégo el Hudson para llevar la guerra á Nueva-Jersey y acercarse acaso á Filadelfia, tomó sus medidas para oponerse á este proyecto en lo posible. En su consecuencia, dejó al general Lee donde se hallaba con cuatro mil hombres, incluso la milicia de Nueva-Inglaterra, que iba ya á concluir su tiempo de servicio, y en seguida dispuso que todas las fuerzas que se hallasen al Oeste del Hudson dieran un rodeo á fin de cruzar luégo por King's Ferry, á la entrada de Highlands, punto opuesto al en que se hallaban los buques del enemigo. Acto continuo examinó aquellas fuertes posiciones, dió orden para que construyesen nuevas obras, y cruzando el rio reunióse despues con sus tropas en Hackensack. Entre tanto Howe habia embestido ya el fuerte Washington, resolviendo dar el asalto por cuatro puntos distintos á la vez. El jefe americano no habia creído nunca prudente defender aquel puesto, pero era demasiado tarde para evacuarlo, pues las tropas no podían salir hallándose completamente cercadas por el enemigo. Habíase intimidado ya la rendicion al coronel Magaw, mas éste contestó que tenia intencion de defender el fuerte hasta el último extremo. La noche ántes del ataque y cuando cruzaba Washington el rio para ir á inspeccionar un puesto, encontróse á los generales Greene y Putnam, los cuales le aseguraron que acababan de ver la guarnicion del fuerte y que ésta se hallaba muy bien dispuesta á defenderse hasta el último trance. En las primeras horas de la mañana del dia siguiente, 16 de noviembre, los ingleses

asaltaron el fuerte, y el coronel Magaw, cumpliendo su palabra, se defendió con tal bravura que los sitiadores perdieron unos cuatrocientos hombres ántes de apoderarse de las obras avanzadas; pero cuando se aproximaron á cien varas del fuerte, Magaw no pudo ya conseguir que



Papel-moneda de Massachusetts

sus soldados conservasen las líneas de defensa, resultando de aquí que toda la guarnicion, compuesta de unos tres mil hombres, así como también la artillería, cayeron en poder del enemigo. Washington, rodeado de varios de sus oficiales, segun dice Mr. Irving, fué espectador ansioso de aquella batalla desde la orilla opuesta del Hudson, y si bien las colinas y los bosques intermedios le impidieron ver todo cuanto pasaba, el estampido del cañon, el estruendo de la fusilería y las densas columnas de humo que se elevaban sobre las copas de los árboles, diéronle á conocer cuán encarnizada era la lucha, y por un momento abrigó la esperanza de que la victoria se declararía en favor de los suyos. Washington pudo observar distintamente el combate por la parte del Sur con la ayuda de un telescopio y le satisfizo en extremo la conducta de Cadwalader, que con fuerzas inferiores defendía su posicion; pero cuando le vió luego atacado por el flanco, rota su línea y las tropas retirándose al fuerte, dominadas por la superioridad numérica de los enemigos, todo lo dió por perdido. La última parte del espectáculo fué la peor para el comandante en jefe, pues distinguió con toda claridad que los soldados de Heese acuchillaban á los americanos. Dicese que aquella escena le impresionó tanto que se puso á llorar como un niño.

La rendicion del fuerte Washington hacia imposible la defensa del fuerte Lee, y por lo

tanto dióse orden para evacuarlo inmediatamente, sacando todas las armas y municiones; mas ántes de que esto pudiera efectuarse, desembarcó Lord Cornwallis por la parte de Jersey, con el propósito de encerrar á la guarnicion entre los rios Hudson y Hackensack, y por consiguiente fué preciso apresurar la retirada, abandonando los cañones y demás efectos de guerra.

Washington estaba perfectamente convencido de que no podría disputar el paso del rio, y por lo tanto sólo se resistió un corto tiempo para dar lugar á que se trasladasen los bagajes y municiones, despues de lo cual cruzó el Passaic y fué á tomar posesion en Newark, donde estuvo varios dias pidiendo refuerzos á todas partes, en tanto que el general Lee, que se hallaba en North-Castle con fuerzas considerables, recibió orden de ir á reunirse con el comandante en jefe lo más pronto posible.

Triste era la situacion de Washington en aquellos momentos. Con un ejército reducido á tres mil hombres, abatidos y desanimados, que careciendo de todo lo más preciso, no tenían siquiera tiendas de campaña para resguardarse de las nieves del invierno, que ya se acercaba, y hallándose además en medio de una poblacion que si no hostil, se mostraba muy indiferente, necesitábase la resignacion y valor que pocos hombres poseen para luchar de este modo con la adversidad. El ejército inglés, compuesto de unos veinte mil hombres de tropas veteranas, se hallaba en un estado brillante, y como es



Espada y baston de Washington

natural, pensaba obtener una fácil victoria sobre el resto de las fuerzas de Washington. El jefe británico contaba además con un poderoso elemento, como es la caballería, en tanto que los americanos sólo podían disponer de una escasa milicia montada que habia venido de Connecticut á las órdenes del mayor Sheldon. Su artillería no era tampoco mucho mejor; la milicia de Nueva-Jersey, compuesta de unos mil hombres, no servía para nada; el tiempo de servicio de las pocas tropas regulares iba á espirar con el año, y bien podía temerse en vista de estas circunstancias, que dentro de poco no habria ejército alguno.